

La Recompensa Del Borrego

Prefería morir a pasar toda la vida en aquel lugar.

Si había decidido ignorar el nudo de acero de sus tripas e ir allí era porque tenía la mala costumbre de comer caliente a diario. Y de dormir en una cama.

<<Maldito burgués hijo de puta>>, se reprochaba.

Quizá si probase lo de alimentarse de la basura y pasar una noche en un cajero se daría cuenta de que no estaba tan mal. Que ser mendigo le permitía seguir escribiendo guiones de pelis que jamás verían la luz, pero ya sin el lastre de la esperanza sobre su espalda. Y sin la culpa pinchándole como un enano impertinente, recordándole que el paro se le acababa, que tenía que volver a subir a la rueda y aguantar las arcadas durante una temporada.

El olor a taper recalentado impregnó el nudo de su estómago, que ya era una maraña de diamante irrompible.

-Lárgate de aquí, que vas a acabar mal. Este no es tu sitio –le susurró su conciencia al oído, previniéndole aun sin saber lo que iba a ocurrir.

-No te pusiste tan precavida anoche cuando te dio igual que follara sin condón –repuso para sí mismo, rascándose la entrepierna con la sutileza de un orangután.

Disimuló metiendo la mano en el bolsillo fingiendo buscar algo, mientras sentía la atenta mirada de unos estirados en traje clavándose en él.

Las paredes blancas eran las de un manicomio. Asépticas, sin personalidad. Parecían conjuradas por algún brujo malvado que las hubiera hechizado para robar la personalidad de todo aquel que osase adentrarse allí.

<<Sólo Dios sabe cómo consigues ligar siendo tan friki>>, se dijo, antes de abrir la puerta donde iba a tener lugar la entrevista de trabajo.

Había comenzado cuando entró y tomó asiento, procurando ser lo más discreto posible.

-¡Hombre! Viva la puntualidad. Perdona si te molestamos, que ya hemos empezado, pero tú sin prisa –le dijo el hombre de mediana edad, enfundado en una americana que le quedaba demasiado grande, perdonándole la vida con la mirada,

Tenía la barba teñida, Héctor lo supo por las manchas negras de la barbilla por debajo del pelo, ojos grandes de búho y pelo de punta fijado con precisión milimétrica.

-Que te perdone la capa de Ozono por estar acabando con ella tú solo con tanta laca –pensó.

-Perdón, el tráfico estaba fatal –dijo.

-No sé de dónde vendrás, pero aquí ninguno vive cerca y todos han llegado antes de la hora. De hecho, hemos empezado diez minutos antes porque tus compañeros estaban ya aquí –recriminó, buscando una explicación.

-Tienes razón, soy un cerdo insensible que sólo quería boicotear tu entrevista. ¡Sacrificame en una cruz y echa mis restos a los perros, a ver si ellos me quieren! –quiso haber dicho.

-Lo lamento, no quiero causar más retraso –contestó, pensando que se excusaba por última vez.

-Bien... vamos a seguir –repuso el entrevistador-. Mi nombre es Mario Murillo y, si pasáis la entrevista, yo voy a ser vuestro jefe, así que todo depende de cómo me caigáis esta mañana –bromeó.

-¿Qué tipo de jamón te gusta? –preguntó un hombrecillo enjuto de gafas redondas, servil.

-El más caro –respondió Mario.

Todos rieron con más impostura que ganas. Héctor les miró, extrañado.

-Vamos al grano, si os parece. Vuestro currículum me da igual, sinceramente. Si estáis aquí es que ya habéis pasado el filtro de Marta, que es como mi mano derecha, para que os hagáis una idea. Así que ahora toca ver cómo de implicados vais a ser en el trabajo para ver si de verdad puedo contar con vosotros. ¡Vamos contigo! –exclamó, dirigiéndose al miope que había lanzado el chascarrillo anterior-. ¿Cuál es tu nombre?

-Andrés, Andrés Gómez.

-Cuéntanos, Andrés. ¿Por qué quieres trabajar aquí?

-Pues... no sé, la verdad es que es una oportunidad que no se tienen todos los días, ¿no? El poder trabajar en una empresa que hace las cosas tan bien y con un recorrido tan largo, ¿no?

-No sé, eres tú el que me está respondiendo.

-¿Cómo?

-Que no paras de preguntarme “¿no?” Si esa seguridad es la que puedo esperar de ti, empezamos bien.

Marcos miró alrededor, compartiendo el asombro con el resto de la sala. Ninguno rompió el silencio.

-No, no, claro... pues, a ver... al final yo tengo mucha experiencia en el puesto y creo que soy un buen candidato porque...

-Andrés, escúchame –interrumpió Mario-. Careta fuera, que somos mayorcitos todos y las palabras enlatadas ya no se las cree nadie. Tú eres ilustrador, ¿no?

Andrés se redujo aún más en las profundidades de su silla, cohibido y temeroso de no encontrar las palabras que si interlocutor quería oír.

-¿Pintas cuadros e ilustras libros? –repitió el impenetrable entrevistador.

-Sí, sí, ¿cómo lo...?

-Porque aquí no contratamos a alguien sin saber quién es. Escúchame: si te saliera... no sé... una exposición de arte, por ejemplo... y te coincidiera con un acuerdo importante en la empresa... ¿saldrías por patas de aquí para irte a enseñar tus dibujos?

El tono con el que hizo la pregunta fue como una lanza atravesando el pecho de Andrés y su sangre salpicó a los presentes. A nadie le pasó por alto el desprecio con el que hablaba de su sueño, como si se estuviera dirigiendo a un crío que hubiera entregado a sus padres un folio coloreado para poner en la nevera.

-Pues, hombre... intentaría compaginarlo; para ir cuando terminase aquí primero y no tener que...

-¿Y si no hay esa posibilidad? Si no vas a la exposición a la hora y día que te digan, no expones. Pero ese día tienes un acuerdo de millones aquí. No quiero vacilaciones, Andrés: ¿qué haces?

-Me quedo, me quedo aquí. Al final lo otro no deja de ser un hobby y esto es mi futuro –aclaró, sumiso.

-Menos mal, por fin una respuesta clara. Vamos contigo, amiga –anunció, señalando a una chica de aspecto resuelto y piel morena-. ¿Nombre?

-Clara Torres –contestó, alto y claro, queriendo indicar que ella no era como el apocado ser con el que acababa de hablar.

-Así me gusta, con contundencia –profirió, con una gran sonrisa el examinador-. Clara, tú eres actriz; no he tenido que investigar mucho, lo tienes en el currículum...

Se escuchó alguna risilla que interpretaba que acababa de producirse algo parecido a una chanza. Se cortó en seco con la mirada fría y ejecutora del entrevistador.

-Te decía que eres actriz... estudiaste en... Central de Cine. ¿Eso qué es? –preguntó.

-La charcutería donde venden a tu madre –quiso decir Mario, que apretó los labios, temeroso de que escapara alguna palabra indebida.

-Una escuela de interpretación, donde me diplomé –informó Clara, con naturalidad.

-Ah, que te diplomas de eso, como si fuera una carrera de verdad.

El nudo en la entrañas de Mario se hacía más y más grande. Su frente sudaba el Nilo mientras sus zapatillas taconeaban queriendo destrozar las baldosas hasta hacer un túnel por el que escaparse.

-Es una carrera, sí. Yo estuve ahí cuatro años.

-Ah, no sabía. Bueno, que no sé cómo te habrá ido, no te he visto en ninguna película... pero la pregunta es como la del compañero Antonio.

Nadie corrigió que se hubiera equivocado de nombre.

-Si te saliera una serie –prosiguió- en el mismo horario que este trabajo... ¿nos dejas tirados y te vas a grabar o te quedas a sacar el curro adelante?

-A ver... al final yo creo que intentaría hacer ambas. Grabar de noche aunque sea o...

-No, no, Clara, que no. Qué difícil lo ponéis, que parece que hable en otro idioma, coño. No hay *compaginación* que valga. O te vas a la serie y que dure lo que dure, y te quedas luego sin este trabajo... o te quedas aquí con un sueldo de 2.000 euros para toda la vida. Si te lo tienes que pensar, es que no lo tienes claro.

-No, lo tengo claro. Que lo de actriz lo hacía de joven pensando que iba a ser aquí Audrey Hepburn pero ya sé que eso es pan para hoy y hambre para mañana. A mí dame un sueldo estable, que tengo dos niños pequeños y tengo claro lo que necesitan.

-Vaaaale, menos mal. Eso ya está mejor. Venga, siguiente, que ya voy tomando nota. Tú, tu caso es interesante... ¿Pedro? ¿O te tengo que llamar Peter?

El chico era el más joven. Con ojos vivos y cuerpo delgado y atlético. Apenas llegaría a los veinticinco.

-No, no, Pedro está bien –indicó, con una sonrisa.

-Sabes por qué te lo digo, ¿no?

-Sí, sí, por el canal, supongo –dedujo, introvertido.

-Aquí el amigo es famoso. Tiene un canal de YouTube con cincuenta mil suscriptores. Peter podcast se llama, si lo queréis buscar. ¿Cómo te ves tú de entrevistado siendo el que hace las preguntas normalmente?

-Bien, bien, me siento cómodo.

-¿Y eso qué lo haces, por divertirte o quieres vivir de entrevistar gente?

-No, no, por divertirme –se adelantó, sabiendo la pregunta que vendría-. Me lo paso bien, pero vaya, que sin más.

-A ver... yo no sé si el canal ese te da dinero o no. Te lo pregunto porque esta es una empresa seria y aquí muchas veces hay que reunirse con directivos que no entienden lo de estar frente a una cámara hablando un día de que persigas tus sueños, de que la pasión... son gente... somos, porque yo también me incluyo, que sabemos cómo es el mundo real y que los sueños no dan de comer a la gente.

-Sí, sí, yo coincido totalmente con eso –concedió Pedro.

-Si tú puedes coincidir, pero si tienes un canal donde te ven cincuenta mil personas y sales diciendo lo contrario... pues igual nos acabas jodiendo un acuerdo con el que perdemos millones, ¿entiendes?

-No, no, claro.

-Entonces... caso que te elijamos a ti. ¿Tú tendrías problema en borrarle el canal?

-Ningún problema –contestó, rápido y sin dudarle un instante.

-Esa es la rapidez con la que teníais que haber contestado los demás –regañó Mario al resto.

-Por último, el puntual del grupo –anunció, mientras sus compañeros reían, obedientes-. Te he estado investigando un poquillo... oye, nada serio, ¿eh? No te asustes.

Héctor permaneció inmutable, temiendo por dónde iba a ir su interlocutor.

-¿Tienes cuatro libros escritos tú? –inquirió, sorprendido.

-Cinco, de hecho, sí.

-¿Y qué? ¿Cómo te va?

-No me dan los ingresos que esperaba. Quiero decir, que no vivo aún de ello –informó Héctor.

-Ah. Aún. A eso iba. Se ha perdido el efecto sorpresa porque has escuchado a los compañeros. Tendrías que haber venido aún más tarde para que esto te pillara de nuevas.

La risa siguió sus palabras como unos patitos a su madre, sin separarse.

-Pero si te sale un contrato con una editorial y te dicen... pues no sé, chico, no entiendo del tema... pero que te vayas de gira a vender el libro y tienes que estar semanas fuera... ¿Qué? ¿También pretendes compaginar, como aquí los compañeros?

-No, no, para nada.

-Ah, bueno –se tranquilizó Mario.

-Me largaría de aquí en cuanto me llamasen. Aunque sea una editorial de mierda de un pueblo perdido. Lo primero son mis libros. Me da igual los acuerdos millonarios, lo serios que sean los directivos... llevo un rato escuchándote y ya tengo ganas de potar. Si me imagino renunciando a mi pasión por esto, prefiero ahorcarme.

La temperatura disminuyó tanto que todos esperaron ver formarse estalactitas colgando del techo.

Ni siquiera nadie se atrevía a mirar directamente al insolente sublevado que acababa de ofender a su, si todo iba bien, nuevo amo. Los tres candidatos rogaron interiormente porque su Dios vengativo aplicase un tercio del dominio que había mostrado con ellos y ejecutase al escritorillo con toda su furia dialéctica.

-Vete de aquí, la entrevista ha terminado para ti –expresó, sin alterar un ápice el tono de su voz.

Héctor se levantó, deseando largarse lejos de esa jauría de perros agradecidos, emanando desprecio en cada movimiento. Cerró la puerta con más fuerza de la que había previsto.

Cuando se encaminaba a la salida, se cruzó con otros de los engominados en traje que parecía dirigirse a la sala de la que él había salido.

-¿Tú de dónde sales? –le preguntó, sorprendido.

-De la entrevista –replicó, seco.

-¿De qué entrevista? Si es ahora y la tenéis conmigo.

Ambos miraron a la puerta que acababa de cerrarse. Ni la llave para abrirla consiguió hacerlo, ni los golpes pudieron tirarla abajo. Los candidatos supieron que algo raro sucedía cuando Mario se giró con una gran sonrisa después de poner una silla contra el picaporte.

Les miró uno a uno, augurando la vida que les esperaba: mañanas de frío en el alma, trayectos en metro al infierno, horas invertidas en que pasaran raudas y compasivas... habían perdido su identidad desde el momento en el que optaron por doblegarse ante un amo que desconocía sus luchas. Habían vendido su alma por la promesa de la seguridad. Nadie podría juzgarle. Eran ellos mismos quienes habían renunciado a su libertad. La americana le quedaba grande. Lo bastante para sacar la pistola que ocultaba y que nadie había notado de su interior. Les apuntó a todos como el pelotón de gusanos que habían demostrado ser.

-En el fondo... os estoy haciendo un favor.

Héctor sólo escuchó los disparos. No vio lo ocurrido dentro. El nudo en su estómago desapareció. Habría preferido morir a vivir en aquel lugar.